

SOBRE UNA POSIBLE TIPOLOGÍA DE “TRAGASAPOS”

LA RENUNCIA A LOS PRINCIPIOS (Breve ensayo de psicología política)

Yago Di Nella - Marzo 2018

Desde tiempos de la colonia para acá se ha vendido la idea de que la política sería *el arte de negociar*. Negociar casi todo a cambio de un objetivo. Se ha hablado muchísimo de este asunto, pero no de sus cultores. ¿Cuál es la construcción de subjetividad que sostiene esa idea?

Existe un nivel argumental justificatorio y un nivel otro, el de las características de personalidad y la forma de conducirse del protagonista. Nos dedicaremos a ambos, en ese orden.

Pero antes una aclaración: el pasaje de la fase de constitución del espacio político hacia la fase de acuerdo y el consecuente *tragado de sapos* está sobre-determinada por **el abandono del territorio**. Retomaremos esta idea al final.

La constitución lógica del **tragasapos como sujeto político** es directamente proporcional a su alejamiento de la comunidad que lo vio nacer y crecer. Es que ha cambiado su representación como ser de la polis y, en el mismo movimiento, ha dejado de representar a los de su grupo, para pasar a ubicarse en **un no lugar territorial**. Estará desde ahora, en las oficinas, reductos legislativos, escenarios oscuros y otros lugares sectarios. Ha dejado de pertenecer a la grupalidad que lo albergaba para constituirse en **líder tragasapos**.

Pero no nos adelantemos. Veamos primero las características fundacionales del *argumento tragasapo* y luego veremos cómo han de advenir tales sus protagonistas.

1- Descripción del fenómeno

El lema central del *tragasapo* es que un espacio político debe ser frentista para alcanzar el objetivo de modificar la realidad, pues requiere la toma del *Poder* (no me adentraré en esta idea demasiado, el militante experimentado sabrá apreciar su endeblez inmediatamente). En ocasiones –justificará–, es necesario romper o suspender algunos principios que sostuvieron a ese espacio o grupo, a cambio de ganar en fuerza o volumen. Esta noción de -supuesta- debilidad está en la base del

supuesto. Tal endeblez se suplirá con el *sapo tragado*: He ahí la idea falaz, es decir, la idea directriz del **carácter IRREMEDIABLE** del acto de renuncia a los principios, en favor de crecer. Esa falaz idea de *crecimiento en la renuncia* es lo que pondremos en cuestión en estas líneas.

La supuesta renuncia por conveniencia viene a ser *el sapo* que se traga, que calla, que no denuncia, reclama o protesta. Se presupone que sin la renuncia a las ideas la fragilidad del espacio impide su consecución exitosa. ¿Es así? No se podría saber. Hemos descubierto ya algo: he aquí una primera característica básica del ideograma falaz del tragasapos: **sus argumentos son contrafácticos**.

Nunca se podrá saber si era o no preciso renunciar a los principios, por la sencilla razón que lo hará de todos modos siempre. El otro sendero no será recorrido; no sabríamos qué hubiera sido del espacio sin la tragada de sapos. Verá usted que nunca se demostrará la mentada imposibilidad de seguir por el camino trazado (el que dio origen al espacio, y sus valores, el de la cusa que los reunió originariamente). Es más, será intransitable el sendero de la cordura. Es una idea fija cual automatismo psicótico: se deben tragar sapos para avanzar... Entonces veremos aquí una segunda característica: **Es una idea meramente emocional**. Esta idea no entra en dialéctica alguna, simplemente se repite. Ese repetir la emocionalidad irrumpe como disrupción en el contenido del discurso político del grupo. Frente a toda demanda de explicación, advendrá la respuesta puramente emocional. Esto lleva inmediatamente al pedido de apoyo, desde ese lugar, **EL AFECTIVO**. El tragasapos de ley tiene una estratagema (casi) letal: ya no pedirá acompañamiento desde la razón, sino desde la *extorsión afectiva*. Como no puede exponer un argumento, pues los ha abandonado en su renuncia, recurre al embiste personal: reclama seguidismo afectivizado, primarizado. Se comporta como pareja tóxica. Pero no nos adelantemos, pues esa artimaña luego analizaremos en detalle.

Existe una tercera condición del fenómeno. Es el pseudo-argumento (justificación, diremos luego) de **LA URGENCIA**. El tragasapos dirá que es el momento, que es ya. No se podrá esperar a la construcción del "espacio", el cual requiere una temporalidad distinta. Arremeterá en tono acelerado: "*la política no tiene ese ritmo*". Así, el constructo ideacional propio del proceso del tragasapismo es el de **la emergencia**. Es otra idea nodal del movimiento tragasapista. Nunca se fundamentará esa noción de decidir en *lo urgente*. Verá usted que si se propone pensar, esperar, reunirse, consensuar, reflexionar, se ponen locos los tragasapistas... no lo soportan.

Esto nos lleva a una cuarta característica complementaria a la anterior: **La ansiedad**. Al ser tragasapista lo carcome una suerte de ansiedad como si estuviera en abstinencia de algo tóxico. No soporta ninguna demora. Ese necesario tiempo que la grupalidad demanda para elaborar una decisión colectiva le es absolutamente imposible de tolerar al tragasapista. Por alguna circunstancia -inconfesable- es imposible aguardar un proceso decisorio tal como venía promoviéndolo hasta este momento de *la renuncia*. Su necesidad psicológica lleva incluso al tragasapista a romper el grupo en mil pedazos, pues no renunciarán al evento renunciante -tragasapista-. Tanto es así, que ni aún con su grupo de referencia desacordando, podrán sobreponerse al acto renunciativo, porque -dirán- "*éste es el momento*". La emergencia hará que se corten solos. Pero esto ya responde a otra característica que

veremos luego; no nos adelantemos pues. Pero no olvide esto estimada/o lector/a. El tragasapista es *un ser ansioso*.

Volviendo al asunto de la caracterización del fenómeno tragasapista (saliéndonos de la descripción de su sujeto prototípico), diremos que, dado su carácter contrafáctico, esto mismo impide reconocer la falibilidad del carácter urgente de la renuncia. No es posible saber cuán imprescindible es dejar de sostener al grupo político en sus ideas y principios, porque -como dijimos- es un argumento contrafáctico. De este modo, los justificativos nodales presentados –hasta ahora- son complementarios y mutuamente necesarios el uno del otro. Siempre estarán ahí. Son imprescindibles.

Sin embargo, es preciso consignar un pseudo-fundamento más. El quinto sostén del evento tragasapos se funda en el carácter especial de su persona en el trajín del negocio, o sea, se pone a sí mismo/a en el lugar del protagonismo, a tal punto que nunca se podrá saber qué negoció ni con quiénes (y a quienes, inclusive). Repase quien lea cualquier ejemplo de su vida militante. El tragasapos lo ha hecho a solas, sin testigos y sin pruebas. El **acto de renuncia** se caracteriza por ser un **diálogo secreto**. No hay cómo llegar al asunto de lo negociado. Es un contenido supuesto al que sólo se puede conocer por su relato, justamente el del tragasapos. Su discurso sobre lo bueno que ha sido *tragarse los sapos*, así sobre como respecto a su conveniencia respecto a las otras opciones que habría sobre la mesa de negociaciones, todo eso no tiene cómo ser contrastado. En efecto, elemento característico número 5 es su **IRREFUTABILIDAD**.

Diremos suplementariamente que esto profundiza la dependencia del espacio respecto al negociador. ***El tragasapos construye su centralidad justamente donde renuncia a los principios de su colectivo***. Se depende ahora más que antes de este personaje, pues es quien ha negociado y resulta garante –con su palabra- del acuerdo alcanzado. La trampa se ha consumado, casi, pero falta algo más.

Ese acuerdo implica para el espacio político una pérdida: La de *sus principios*. Esta pérdida es inconmensurable. El tragasapos lo negará, la minimizará. Dirá a los suyos: “*ya habrá tiempo para volver a reclamar por lo nuestro*”. Pero ese momento, como se podrá prevenir cualquier militante experimentado/a nunca llega. No se puede apreciar, ni medir, sino al final del proceso el daño que provoca *la renuncia*. Es contracíclica o, mejor, post-cíclica. **Se RENUNCIA** (nuestro sexto elemento) a algunos (o a todos) de los principios éticos y prácticos en la promesa de recuperarlos en un indeterminado y paradisiaco futuro mediato. Se cede en herramientas de construcción por la cuales se llegó al lugar actual en el colectivo del que se trate, pues es una condición –supuesta- de la otra parte.

No solo se renuncia a principios, además. En el mismo proceso de renuncia el tragasapos también ha entregado personas. Se trata de aquellas que no están dispuestas a negociar *los principios*. Esas personas que están por ellos y solamente por ellos, se irán. El tragasapos lo sabe, aunque lo niegue. Intuye que para algunas personas es insoportable la renuncia. Otras serán entregadas como prenda de negociación, pues estarán en el mismo condicionamiento que puso las cartas sobre la mesa: serán negociadas. Estos miembros del colectivo son entregados al “*cementerio de los principistas*”. Pero toda esta entrega de principios y personas está en una nube

de *no-palabras*, de silencios. En realidad, no se sabe, pues el negociador goza de **su irrefutabilidad**, como ya hemos descripto.

Sépase entonces de esta séptima característica: ***serán acusados de principistas obstinados quienes se nieguen a tragar sapos***. Y serán echados al fuego, a la hoguera de *los desobedientes*, porque desde ahora, el líder (quien entregó los principios y valores del espacio a cambio del *acuerdo para sí*) decidirá los destinos del grupo interno y “*la excomuniación de los infieles*”, tal como serán considerados quienes se quedaron con los principios en sus manos y no se avienen a entronizar al tragasapos. El purismo vivirá el destierro de los tragasapos. Así es la triste idea de los aduladores del líder tragasapos. Viven la **expulsión de los principistas** como un triunfo sobre *el mal*, cuando en realidad eran los garantes de la esencia del espacio político.

Esta nueva generación de aduladores del líder reemplazará la figura ya perimida del pasado originario, la del *grupo horizontal*, el colectivo que debate, acuerda y avanza al ritmo del consenso posible. El grupo tragasapista, en cambio, se ha verticalizado, y se erige como **vanguardia ilustrada**. En efecto, se constituye en su reemplazo un séquito de *soplones* varios y *seguidistas espectrales* que pocas ideas tendrán para aportar: su contextura discursiva es la de *la repetición*. No propiciarán movimiento autocrítico ni reflexivo alguno, de allí en adelante. Es más, verán a quien lo intentare como un potencial riesgo de nuevo purismo y lo apartarán, también.

Tengamos una cosa fundamental en cuenta. La génesis del espacio supuso su origen en los principios que ahora se renuncian en pos del nuevo objetivo. Es decir, el espacio dejará de existir en cuanto tal, en el modo en que fue creado. Serán sus cenizas la consecuencia del acuerdo. Es que el movimiento según el cual se tragan los sapos -y eso es vendido como algo positivo- no es otra cosa que la renuncia de los principios con los que se construyó el mismo, o sea, su *acta de defunción*. Claro que los protagonistas dirán que es el paso de una fase constructiva a otra, la nueva etapa de mayor Poder y, así llegamos el octavo y último elemento de esta caracterización.

Sepan estimadas y estimados lectores que el octavo componente nodal del discurso tragasapos es su falsa idea -incontrastable, además- de un futuro mejor, si se llega al *acuerdo*. Llamaremos a este componente **EL HUMO**. Porque el negociador “*vende humo*” cada vez que anuncia las bondades del acuerdo tragasapo. No tiene ni la más remota idea sobre qué acontecerá en el futuro. Justamente por esa razón pedirá confiar -recurso a la afectividad primarizada, mediante- en su pronóstico. Claro que no tiene argumentos para estimar lo venturoso que sería, ni cuando ocurriría, ni por qué mecanismo o circunstancia. No puede construir ningún sentido discursivo respecto a la bonanza futura. He aquí donde reclama respeto a su entidad de líder. Quien no lo era, sino como parte del agrupamiento, se constituye en representante y, luego, al acordar *en secreto* y asumir la *tragada de sapos*, se plantará ante los otros como un *líder*.

Así tenemos 8 elementos para la destrucción de un espacio político y la emergencia del “*líder tragasapos*”. A cambio, sucumben los principios que dieron origen al grupo.

Se puede observar fácilmente que este proceso se ha dado en un colectivo cualquiera. Este grupo dejará (si es que hizo algo alguna vez) de tener tarea concreta de modificación de la vida cotidiana, dejará de operar en la realidad. En efecto, el grupo en *modo tragasapista* se aleja progresivamente de la comunidad. No tiene cómo afrontar ni enfrentar los retos de la dura vida de los más marginados y vulnerados, pero no dejará de hablar de ellos en ningún momento. Así, el tragasapos se irá transformando (además de *antipurista*) en una persona fabuladora, pues dará incontables sermones cual referente religioso, sin la más mínima red de contacto con aquello que pretende abordar.

2- Tipologías de tragasapos.

Sin pretender hacer taxonomía ni ser krepeliniano daré tres formas asequibles y fácilmente distinguibles de tragasapos.

Estas versiones caracterológicas son más bien estructuraciones que se nos aparecen entremezcladas en diversas proporciones en personas reales, por lo cual sepa usted buscar casos o ejemplificar con seres tragasapos que seguramente tengan un poco de cada modelo aquí propuesto. Hecha esta aclaración, vamos al asunto.

2.1- El ambicioso-ególatra

La *egolatría* es una necesidad psicológica básica de este personaje. Necesita destacarse y se presenta como un ser necesitado de estimación (vincular y social). Su ambición se presenta como voluntad de crecer en su carácter representacional. Pero al principio, en la fase inicial, busca el amor de sus compañeros, siendo las muestras de afecto un factor fundamental para su vida cotidiana. Esto se trasuntará en **deseo de reconocimiento**, en la fase post-renuncia de liderazgo tragasapista.

Tómese en cuenta que a medida que se distancia de su grupo de origen, se diferencia también cual si ascendiera en la pirámide social, aunque no ocurriera ello empíricamente. El afán ambicioso dará respaldo a su egolatría cambiando de red de vínculos. Es un ser necesitado de estimación y, justamente, este complejo de inferioridad es su *talón de Aquiles*. Cuando cae, cuando pierde, su estallido hace mucho ruido, porque no soporta la derrota. Entrega –en estas circunstancias desventajosas- a todos cuanto dependan de su persona. Pero no por ser insensible o estar desensibilizado, sino porque sin su ego, no es nada más que un cacho de carne, no queda nada de sí para sostener a nadie, volviéndose un ser depresivo –hasta melancolizándose- que juega incluso con la muerte.

2.2- El manipulador

El tragasapista por manipulación es más astuto. No deja su grupo de origen, simplemente estigmatiza a los principistas, favoreciendo a los aduladores asignándoles roles preferenciales. Serán sus *alfiles*. Ese reconocimiento les hará creer que son importantes para él. Pero los canjeará en la menor de cambios, pues todo su

entorno son objetos a usar. Su lema interno es “*úselo y tírelo*”, pues su modo de ser en el mundo es cosificador de los seres humanos, sin distinción ninguna.

En estos términos, los principios son tales en la medida que son los que sirven al momento y en su estrategia. Pero sepamos que, como dice el refrán, si ya no brindan servicio facilitador para con el objetivo, tiene otros principios en su reemplazo. Su mayor ductilidad respecto al tragasapos ególatra está en que al manejar mejor su autoestima, soporta los embates de la realidad mejor posicionado subjetivamente. Como nunca dejó su grupo de referencia tirado, puede volver, reconstruir y rearmarse desde cero. Dirá que ha fallado en la elección de sus alfiles y que ahora los nuevos escogidos lo serán. Cambia su discurso sin más. Esa **flexibilidad** hace que desde fuera se le vea armando nuevos agrupamientos siempre.

El tragasapos manipulador pasa del llano al centro del Poder y puede volver al pasto sin que eso lo destruya. Al poco tiempo se le verá construir Poder de nuevo, etc., etc., sucesivamente, y en muchas ocasiones. Vive de eso. Pero tiene también un talón de Aquiles. No le sienta bien el paso del tiempo. No acepta su deterioro personal. Y lo sufre como nadie. La senectud es el ocaso de la fanfarronería manipulatoria.

2.3- El versero

El tercer tipo de tragasapos es un ser *gritón*. Aunque use por momentos voz baja o más alta, habla como si gritara siempre. Es de los que cuando toman la palabra no paran, hasta que se le requiera entrar en dialéctica por parte de los otros miembros. Entabla soliloquios largos y poco profundos mezclando anécdotas personales con relatos usuales de pretendido sentido común, que no es otra cosa, que intentar decir algo que presupone que se quiere escuchar. Es decir, trata de agradar mediante la explicitación de lo que considera “*sentido común del grupo*”.

Pero este tragasapo tiene una característica que le hará muy fácil distinguirlo. Se trata de una cuestión puramente *imaginaria*. Adopta el formato, vestimenta y costumbres del grupo al que quiere representar en una forma sobreactuada. Esta imagería luego le traiciona y termina por modificar hábitos de todo tipo. Adopta actividades y quehaceres que antaño odiaba, pero ahora respaldará fervientemente. De hecho, hay un poco de *mitomanía* en este personaje. En efecto, se trata de un/a charlatán. Pero claro, no le dura mucho. **Es un ser camaleónico.**

Así y todo, es la versatilidad es la mayor ventaja del tragasapos versero. Su mimetismo lo vuelve un ser permeable y capaz de ubicarse en múltiples escenarios, incluso suele ocupar el rol de adulador de otro tragasapos, generalmente el ambicioso ególatra, pues le sirve a su fin. El tragasapo ególatra se dará cuenta y se fastidiará, pero lo dejará estar mientras no moleste. Si en cambio le toca ser adulador del tragasapo manipulador, éste último lo destroza. El manipulador no soporta al versero porque le representa un serio peligro insoportable: *la mentira* no es su estilo. Lo compromete. Lo destripará, haciendo visible alguna fabulación del versero.

3- Características comunes de los seres tragasapos

Todos los tipos de tragasapos arriba referenciados sucintamente tienen una serie de características comunes, que pasamos a detallar. Estas personas son:

- Personalistas
- Acomodatícios
- Ansiosos
- Precipitados
- Acríticos
- Charlatanes
- Metonímicos
- Envidiosos

No pretendo con esto cerrar la caracterología del ser tragasapos, sino solamente presentar algunas de sus características que observo como centrales.

Sepamos que la construcción de subjetividad de estos sujetos está aún por establecerse con mayor precisión. Quedará esa factible tarea para alguien con más estómago que este humilde y precario escriba. No me los trago como para estudiarlos tanto. Sí me interesa ahondar en el fenómeno del tragasapismo y en las consecuencias que esto ocasiona en las organizaciones políticas.

También es de mi interés reflexionar sobre las consecuencias destructivas y disruptivas que se producen a nivel del sujeto político de nuestras comunidades. Hacia allí me conduzco ahora.

4- El proceso tragasapista: Consecuencias

Este acotado análisis pretende **deconstruir la naturalizada idea según la cual para hacer en política, se debe renunciar** –en ocasiones- **a los principios** que sustentan al agrupamiento o colectivo del que se trate. En efecto, esta idea es tan falaz como su supuesto beneficio.

No he visto NUNCA que se gane nada “tragando sapos”.

Repase ejemplos quien lee y verá que siempre se terminó perdiendo. Más tarde o casi inmediatamente su *castillo de naipes* cae al precipicio. El *humo* tragasapista se disipa ante el primer ventarrón. Allí emergen entonces, por lo común, el justificacionismo acrítico y el “yo no fui”: se echará culpas afuera: *Las condiciones externas cambiantes han producido el error de cálculos*.

No se cuestionará la tragada de sapos como el inicio del ciclo que determinara el derrumbe organizacional. Pues de tal autocrítica resultaría el cuestionamiento de esa decisión: la renuncia. Entendiendo así que el séquito adulador sostiene al tragasapos como un ser irrefutable, límpido, de incontrastable moral, no se podrá ver que esa renuncia fue SOLO suya, personal, inconsulta y contrafáctica. No se lo soportaría. De modo que ganar o perder (Poder, en este caso) no se vinculará a la idea de renuncia a los principios, pues es insoportable.

En efecto, si “*gana*” –desde su obtusa perspectiva- es por su afán de acordar *tragando sapos*; si en cambio se pierde, la explicación justificatoria irá por el sendero de las condiciones externas: sean traiciones, engaños, trampas, etc. Nunca pero nunca jamás se cuestionará haber dejado de lado los principios con los cuales se llegó a consolidar el grupo o colectivo, ahora devastado en -y por- la acción tragasapista.

Los tragasapos son acomodaticios personalistas que no les molesta perder a su grupo de referencia. Tampoco les ha de molestar no modificar la realidad. Les resulta insoportable quedar fuera del Sistema. Su objetivo es pertenecer al Sistema de Poder, aunque su relato sea otro, el que fuere. El discurso va por otro lado. La “*verdad de la milanese*” es su afán de pertenecer al sistema político. Por esta cuestión es que se aleja sin mayor problema de la cotidianidad de los más vulnerables, no lo necesita. Este alejamiento es *residual*, esto es, marca una consecuencia lógica del proceso de diferenciación dirigencial. Así lo cree. Se autojustifica en el humo de su relato epicista: la enorme tarea que está realizando. Esa *epopeya* la relata y hasta grita en total desavenencia con la realidad fáctica. Inclusive sucede que ni se persuade que en verdad consiste en asuntos palaciegos que no le llegan a nadie en su realidad óptica concreta. Es pura charlatanería, para decirlo sin eufemismos.

El rol del líder tragasapos en el esquema de decisiones de políticas públicas es cuanto mucho complementario, si existe en cuanto tal. No sale nada verdaderamente modificador de la realidad acuciante de las personas de las que no para de parlotear en cada uno de sus discursos. Eso sí, hará múltiples eventos de “*enlodamiento circunstancial*”, tipo eventos del *día del niño*, actividades en el *día del abuelo*, juntará ropa para personas inundadas y acciones de este estilo. Es parte de la humareda. No cuestionamos dichas actividades –por supuesto-, sino su carácter *pantalla* de la inacción sobre los asuntos centrales de la comunidad. Es que el tragasapos, ya no puede consigo mismo. El mismo día que entregó sus principios ha dejado de ser un ser humano mínimamente valiente y ha pasado a ser caracterizable como un/a gran cobarde que grita mucho. Lleva adelante la estrategia del tero. Grita en un sitio, mientras cuida su nido en otro.

El tragasapos fabula un nido que no está ahí. Sus retoños están en el logro de un puesto que le dé pertenencia a la clase política. Pero seguirá, aún al desnudo, sosteniendo que su nido está lleno de valores, como el primer día. A esos supuestos valores renunció hace ya mucho, cuando traicionó a su grupo político de origen. Pero se contenta con el aplauso cerrado, ciego y sordo de los aduladores, que en definitiva es lo que le ha quedado a mano para seguir haciendo humo. Se da entonces una paradójica circunstancia que puede llegar a ser hasta risueña: *Estos ya no le escuchan, porque se ha vuelto insoportable*. Los aduladores siguen ahí como auto-confirmación de su propia necesidad de pertenecer a algo que los reconozca... y eso lo tienen garantido mientras aplaudan. Es un acuerdo tácito de complementariedad político-vincular entre dos sujetos que ya no son sino en medio de la humareda tragasapista.

5- Algunas precisiones finales:

La afectación del colectivo y el antídoto al tragasapismo

Quiero entonces finalizar con una reflexión última: si se encuentra usted en un grupo político que ingresa en este precipitado de tragasapismo, donde adviene el discurso de NECESIDAD DE RENUNCIA a los valores y entrega de principios políticos que le acercaron ahí, salga rajando. Tome aire y reflexione, pero no se haga parte del proceso porque es muy destructivo y – es lo más probable- termine psicomatizando la contradicción ideológica. Verá que buscarán extorsionarle afectivamente, lo cual no es sino la señal de que debe salir de allí huir inmediatamente: tómelo como aviso de partida. Verá además que ya no argumentan nada, reclaman adhesión irracional, a través del relato expresado en un griterío inconexo con fraseología que no deja ver nada, porque es puro humo.

Luego, analice lo ocurrido con mente abierta y vea de qué lado quedaron los valores pregonados antaño. Y no se deje vencer por la desesperanza. Se trata solamente de gente así, que definiremos como *pedorra*. Disculpe que despegue con este riguroso lenguaje técnico, es que no puedo hablar todo el tiempo *en fácil*. Tolere esta pequeña elevación del discurso científico. Hay personas ególatras, ansiosas, narcisistas, verseras y/o manipuladoras por todos lados, por qué no iban a estar también en las organizaciones sociales y políticas. ¿Por el fin social? No, es ahí donde justamente esas personalidades pueden encajar...

Entonces, salga de ahí, lo más rápido posible, y se pone de nuevo a armar juego con otra gente. Verá que algunos se vendrán a un nuevo espacio sin humareda y otros se transformarán en aduladores y se quedarán allí. No se enfade con ellos: hacen lo mejor que pueden con sus propias subjetividades frágiles. Tampoco se desplome por eso. Siempre pasa, es un rasgo lógico esperable en todo grupo. Ocurrirá. Son roles que se asumirán de uno u otro modo.

Usted se reorganiza, repasa, revisa lo ocurrido, aprehende de lo sucedido lo que le sirva y arranca de nuevo. Sin broncas. Sin perder el tiempo. Esto es fundamental: ni el más mínimo tiempo se lo dedica a responder o acusar de algo al tragasapos. Déjelo ser. Ha decidido ser eso, qué quiere, que encima le aplauda cuando se lo señale. No sucederá, pues ya ha decidido *entregar-se*. No necesita que usted se lo diga, pues su tragasapismo es siempre voluntario y consciente. No pierda el tiempo en reformar tragasapos, porque no es un error, es una elección vital.

Luego se toma un Gancia, un Lemon, un Fernet o un buen Vino (o lo que guste) mientras le ve caerse a pedazos, quedarse en soledad y volverse cenizas, porque créame, eso ocurrirá. Ni se gaste en ayudar al derrumbe. Tampoco vale su tiempo esa acción. Guíe sus fuerzas a armar el nuevo escenario, a soñar una nueva utopía y a convocar a otros para acordar cómo se funcionará en el nuevo grupo.

Porque el sujeto político grupalista tiene esa indestructibilidad que los legara el análisis de roles el viejo Píchón Riviere, que nos lo mostrara desde su mística también el gran Paulo Freire y que fuera teorizada por don Martín-Baró, entre otros tantos, claro. Hace juego por doquier quien preserva su espíritu grupalista, con lo que tiene y con los que se vincule; no le tumba un final abrupto, porque de allí mismo construye otro principio por puro ejercicio elaborativo.

A la grupalidad no la mata nada, no hay cómo terminarla, pues siempre se restituye en cuanto tal, dada su condición de herramienta indispensable y óptima para la supervivencia humana: *es el quinto elemento*. La vida le es connatural, pues en la grupalidad convivimos, nos vinculamos, nos afectivizamos, aprendemos y nos entremezclamos, al menos en el orden del fenómeno humano. Por eso verá que la grupalidad es revitalizante, aún en la mayor de las penumbras. Si hasta en los velorios nos salva la grupalidad.

Podrá observar si mira bien que esta grupalidad centrada en la utopía de incluir a todes se vuelve a reinventar una y otra vez con diversos partícipes, nuevas y viejas figuras, más o menos novatas, pero con la energía que aportan sus sueños de equidad, justicia y fraternidad, esos que no debe entregar usted nunca si no quiere convertirse en sapo, o en quien gusta tragarlos. }

Sea principista, porque para tragar sapos, están las garzas y los yacarés, no usted, sea un/a ser capaz de sostener sus utopías, sopesando los tiempos del colectivo y no anteponiendo su propia ansiedad o ambición. A dónde va a ir tan rápido, si es a costa de hacerlo en soledad, dejando a los otros atrás. Tampoco se crea *vanguardia ilustrada* de nada, porque ese camino solo conduce al precipicio de la *sin-razón* narcicista. Y nunca se resigne al rol de adulante del tragasapos. Es el rol más vil del mundo mundial. Una cosa es errar el camino, eso es totalmente factible y nos sucede a todes; pero otra muy distinta es adular la renuncia y la traición. No dé esa imagen, se lo pido por sus seres queridos. No lo merece nadie. Es tortura estar con -o tener cerca- una persona que vive en la adulación del tragasapos. Muy lastimoso episodio de la vida vincular. En cambio, nada más enorgullecedor que la rebeldía frente a la renuncia del tragasapos. Ahí le queremos ver. En esa función sostén de la utopía por la cual le vimos luchar. Ese es el camino. Que le digan principista o purista, no hay ningún inconveniente. Entiéndalo como un halago que debe agradecer.

Para citar el artículo: Di Nella, Y. (2018): ***“Sobre una posible tipología del tragasapos: la renuncia a los principios (breve ensayo de psicología política)”***.

En el Enlace: <https://www.yagodinella.ar>
(Recuperado el dd/mm/aa).

